

Los principios

JOSÉ LUIS PINILLOS*

La conferencia de hoy se titula Los principios, y el título es tan escueto que, de no ser porque la conferencia forma parte de un ciclo sobre el cambio de siglo, a mí me parecería un acertijo de esos que proponía la esfinge a sus víctimas; porque, ¿qué principios? Si revisamos un poco los diccionarios de filosofía o de ciencias sociales, veremos que hay cantidad de principios, y que no tienen gran cosa que ver unos con otros. Claro que participando en un ciclo sobre el cambio de siglo hay ya pistas para tomar un camino razonable. Así todo, no va a ser tan sencillo; yo creo que hemos de hacer algunas consideraciones previas, determinar en qué clase de principios —de los cuales, repito, hay multitud que son muy ajenos a nuestro problema— vamos a centrar nuestra atención.

Todas las palabras importantes —y la palabra “principio” evidentemente lo es por principio— padecen una enfermedad semántica que se llama polisemia, es decir, significan muchas cosas heterogéneas; y el caso de los principios confirma la regla. Por lo pronto, “principio” es una palabra que viene del latín, *principium*, que significa ‘comienzo’, o sea, el tiempo o el lugar en que comienza

* Catedrático de Psicología de la Universidad Complutense. De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

algo, la fase inicial de un proceso. Principio es también todo aquello de lo que procede algo o en lo que se fundamenta algo, y en este sentido lo utilizaron los primeros hombres que hicieron filosofía, los griegos, para referirse a un concepto que llamaban arjé, que era la sustancia básica de que estaban hechas todas las cosas. A los griegos les preocupaba que hubiera tantas cosas y que cambiaran tanto; por ello se preguntaron qué era lo que tenían de común entre sí tantas cosas dispares y cambiantes, y llegaron a la conclusión de que había alguna sustancia básica de la que estaban hechas todas ellas. Quienes hemos estudiado el bachillerato antiguo —pues no sé si en el actual se da Filosofía o ya no— recordamos que, para Tales de Mileto, el principio de todas las cosas era el agua, y no andaba muy descaminado; para Anaxímenes, otro filósofo del siglo VI a.C., el principio de todas las cosas era el aire. Pero hubo uno, Anaximandro, que ya sospechó que este principio común no podía ser ninguna cosa particular, puesto que era común a todas, y, a falta de un nombre mejor, lo llamó ápeiron, lo indefinido, algo que no veían los sentidos, difícil de definir; este hombre ya imaginó que, bajo la diversidad y cambios de la naturaleza, se ocultaba algo permanente que excedía de la capacidad de los sentidos, que no tenía contorno ni presencia sensorial y no se podía observar; es decir, se trataba de un principio permanente que excedía de la capacidad de los sentidos, que se podía pensar pero no se podía ver. Fue ya otro filósofo más conocido, Parménides, quien por primera vez definió la naturaleza de este principio como lo que permanecía idéntico a sí mismo en la diversidad de las cosas; o sea, Parménides ya da una definición racional, conceptual del ser de la cosas, que permanece idéntico a sí mismo en la diversidad. Lo que tienen de común las cosas es el ser, un principio estable que no es visible pero es inteligible.

Perdonen ustedes que les haya hecho estas banales consideraciones iniciales, pero van a ver que de aquí arrancan después los problemas actuales a que habremos de prestar atención. Con Parménides, surge ya una noción cercana a la que tiene el término “principio” cuando se dice de alguien que es un hombre de principios. Yo no les tengo que descubrir que el concepto de hombre de principios no está de moda; se lo digo no solamente por la impresión que tengo —como, probablemente, muchos de ustedes la tienen—, sino porque he estado buscando en algunos diccionarios actuales y en el único que he encontrado una referencia, una definición, lo que se llama una entrada a “hombre de principios” ha sido en el diccionario de una mujer, en el diccionario antiguo de María Moliner, de hace ya 40 ó 50 años. Repito, el tema de los principios no tiene buena prensa o no está de actualidad y, en gran parte, mi conferencia va a versar sobre cuáles son las razones por las cuales se ha ido perdiendo la acepción “hombre de principios”. Es decir, el hombre de convicciones capaz de mantenerlas en la dificultad y no simplemente cuando le conviene, el hombre que se atiene a sus ideas y las pone en práctica, o sea, que es consecuente con una moral que predica pero también practica; ese concepto se ha ido perdiendo por muchas razones y por muchas causas, con el resultado que vemos ahora: se miente públicamente con el mayor descaro, es decir, la mentira se ha institucionalizado.

Por aligerar esto un poco, voy a contarles alguna que otra anécdota real. Tierno Galván, que fue alcalde de Madrid, dio una lección de filosofía política a una persona que ha seguido después en la política; yo conocía a los dos. El día en que habíamos quedado para comer juntos, mi amigo llegó muy tarde y con unos ojos como platos; venía sorprendidísimo y, cuando le pregunté qué le pasaba, me contó que, tras una sesión un poco movida en la que habían dimitido dos concejales comunistas, Tierno le había llevado a su despacho y, después de cerrar la puerta y mirar a un lado y a otro por si había alguien que pudiera escucharles, le contó en voz baja: “Pues mire, vamos a perder a personas importantes, porque estos chicos serán comunistas, pero son como usted y como yo, tienen una

carrera, son hombres competentes, y vaya uno a saber a quién van a meter después... Y es que, mire usted, mi política es como la del General Franco: una política de eficacia". Mi amigo, claro está, se quedó de piedra, y le dijo a Tierno: "Pero don Enrique, eso no es lo que dice usted en los discursos", a lo que Tierno Galván le contestó: "Pero hombre, ¿quién le ha dicho a usted que hay que hacer lo que se dice en los discursos?". Bueno, esto, que cuando sucedió era un escándalo, se ha institucionalizado. Hoy ya sabe todo el mundo que en las declaraciones políticas se dice lo que hay que decir con la convicción —afortunadamente compartida por los que escuchan— de que aquello se dice para agradar al personal, pero que se cumplirá o probablemente no se cumplirá. Esta decadencia moral se ha dado en muchos terrenos y tiene, en la civilización moderna, una causa muy central, muy profunda y, de momento, prácticamente imposible de remediar. Se remediará tal vez si el sistema tiene un gran fracaso, pero mientras tanto va a ser difícil evitarlo.

Les comentaba a ustedes hace un instante que, según María Moliner, "hombre de principios" se dice de una persona que sujeta conscientemente su conducta a principios morales, una persona que practica en su vida las virtudes y las convicciones morales que predica, de las que no reniega cuando las cosas van mal o cuando es peligroso confesarlas públicamente o cuando no es políticamente correcto hacerlo —valiente necesidad—. En efecto, el hombre de principios no tiene hoy mucho porvenir. En algunos países, se utiliza un nombre concreto para el valor de las propias convicciones, civil courage, que es algo que se ha ido perdiendo poco a poco en el recuerdo.

No resisto a la tentación de contarles otra anécdota, un ejemplo muy concreto de lo que es un hombre con convicciones. Después de nuestra guerra civil, yo tenía un buen amigo que se había educado en la Institución Libre de Enseñanza y que durante la guerra civil estuvo trabajando con Besteiro —que tampoco se distinguía por ser un "tirabombas" o un revolucionario—. Pero, de todos modos, lo detuvieron —a mi amigo y a Besteiro también—, lo metieron en un campo de concentración y lo condenaron a muerte. Un cuñado mío, que era compañero de la Institución de este muchacho, le dijo que no se preocupara porque él conocía al jefe del campo, un falangista, con el que iba a hablar para que le soltaran. Y, efectivamente, así fue. Mi cuñado habló con él e inmediatamente le dejó en libertad. Pero cuando ya se iban, el jefe de campo le dijo: "Mire usted, ya que nosotros nos hemos portado tan bien con usted, sólo le pido que salude a sus compañeros con un '¡Arriba España!'". A lo que mi amigo, que era físicamente muy poquita cosa, le contestó: "Es que no tengo costumbre". El hombre se quedó tan desconcertado que lo dejó marchar. Luis Gutiérrez, que así se llamaba mi amigo, era un hombre de principios.

De un hombre de principios se ha dicho de todo, que es un hombre auténtico, que prefiere morir de pie a vivir de rodillas —esto lo dijo la Pasionaria—, etc; sobre esto hay toda una retórica, pero hay también una realidad: la consistencia de la persona que mantiene en su obra y en sus palabras las convicciones que predica. Un hombre sin principios es el oportunista, el que niega al maestro en cuanto empiezan a rolar los vientos y se huele que soplan de otra parte. De eso también tendría ejemplos —no hablaríamos más que de ejemplos si siguiéramos por este camino—, pero vamos a tratar de profundizar un poco más en el asunto, buscando una causa profunda, una causa de la que no tiene culpa nadie y la tenemos todos. Esta inclinación que toman las cosas en una época o en un período determinado la describe Polibio, el historiador, quien dice que los acontecimientos en un tiempo determinado van tomando una dirección común; ese camino es el espíritu de la época, la tendencia principal de una comunidad, de un país o de una época.

El libro más concienzudo que yo conozco sobre este tema no está traducido al español, se llama *Fluctuaciones de la concepción del mundo* y es de Karl Joël, un historiador de la filosofía griega que dedicó cuarenta años de su vida a escribirlo. El primer tomo se publicó poco antes de la llegada de los nazis, y el segundo, después. Su tesis era que todas las épocas y todos los países tienen una concepción del mundo y de la vida en él, y que esa concepción del mundo varía cada siglo; la fecha de cien años no es arbitraria, sino que cuenta con una serie de antecedentes grandes y es, más o menos, la experiencia que da la vida de un hombre, es decir, la experiencia que tiene un hombre por sí mismo y por sus mayores alcanza unos cien años. La *Historia* de Karl Joël, que abarca desde el siglo VI a.C. en Grecia hasta los años 30, mantiene esta teoría de que se cambia la manera de pensar en períodos más o menos de cien años, aproximadamente con el cambio de siglo. Esto es enormemente interesante, porque precisamente acaba de terminar uno de esos períodos y estamos viviendo un cambio profundo, la extinción de las convicciones o principios morales en aras de la ambición o la comodidad. La historia del becerro de oro se repite.

Ahora bien, volviendo a nuestro asunto, ¿basta con que un hombre sea valiente y confiese sus principios para decir que es un hombre de principios o que esos principios son morales? Es decir, en el caso de una persona —un paranoico, por ejemplo— que tenga unas convicciones horribles pero que esté completamente dispuesta a defenderlas y a dar la cara e incluso la vida por ellas, ¿se puede decir que ése es un hombre de principios? No: hay una cláusula que excluye al hombre de principios del fanatismo. Es decir, el hombre de principios los mantiene razonablemente, sin pretender excluir a todos los demás o sin pretender que su convicción religiosa, o del tipo que sea, no tiene ninguna mácula. O sea, se sobrentiende que, junto con la defensa de la propia posición, hay una actitud razonable de no creerse en posesión de la verdad. A esta creencia, que es uno de los defectos más graves que tenemos los hombres, Kant la llamó “ilusión trascendental”, lo cual, probablemente, no quiera decir nada para el que no sea filósofo o no esté familiarizado con la terminología kantiana, pero lo que él quería decir es que cuando una persona cree que sus ideas son constitutivas de la realidad en vez de ser regulativas de ella, entonces padece una “ilusión trascendental”. Es decir, cuando el hombre maneja sus ideas como regulativas, éstas le sirven para ser reguladas por la razón como opciones organizativas razonables, no absolutamente convincentes o seguras, sino para ir probando alternativas que mejoren la realidad, para sustituir el orden establecido por un orden que la razón propone como mejor; pero siempre a prueba para ver cómo resulta, porque de lo vivo a lo pintado, de lo imaginario a los hechos, hay mucha distancia. Lo que en principio parece excelente, tropieza luego con muchas dificultades o resulta un desastre. Cuando alguien cree que sus ideas son constitutivas de la realidad y que todo lo que no se ajuste a ellas es el mal por excelencia, entonces ése es el camino del racionalismo intolerante y fanático, el camino de la opresión y, finalmente, el camino del terror. Eso es lo que pasó en la Revolución Francesa con Robespierre. Eso es lo que ha pasado con todos los totalitarismos del siglo XX y de todos los tiempos. De ello deberíamos haber aprendido algo. Repito: el querer estar en posesión de la verdad y creer que todo lo que se oponga a esa verdad es el mal por excelencia, algo con lo que hay que acabar como sea, es el comienzo de todos los totalitarismos. Y esto se puede evitar, pero no es fácil, porque hay una tendencia en el hombre a creerse infalible, a creer que sus ideas son las mejores, a creer que todo lo suyo es bueno y lo demás condenable, sólo que esas personas no son hombres ni mujeres de principios, sino fanáticos de los principios, o ideólogos, que es algo distinto.

Volviendo a la filosofía griega, una vez que los filósofos primeros estudiaron y reflexionaron sobre los principios de la naturaleza, dieron en pensar en los principios que rigen los asuntos comunes de la vida moral —ta pràgmata—, es decir, en los principios que permiten al hombre guiarse, cuidar de sí mismo, tener una orientación en la vida, para querer hacer las cosas bien. La filosofía elabora entonces unos principios, que llama principios máximos o principios supremos, de los cuales el primero es Dios, en virtud de los cuales el hombre puede orientar su vida hacia lo mejor, hacia valores aceptables y compartibles por toda la humanidad. La Ley es uno de esos principios. El respeto a la Ley es tan grande en esos hombres, que Sócrates da la vida por respetar una ley injusta, porque cree que es más justo aceptar la condena de una ley injusta que ir contra la Ley, cree que lo más importante en la vida del hombre es resaltar el papel de la Ley; por eso, decide tomarse la cicuta y sacrificar su vida como ejemplo, para decir que incluso a ese punto se puede llegar, que aunque una ley sea injusta, la Ley es la Ley y hay que respetarla. Igualito que ahora.

Platón y Aristóteles entienden que ese principio supremo que guía la conducta humana y que la hace razonable y moral, y compartible con todos los fines de la humanidad, es lo que llaman la sofía, es decir, la sapiencia. La sapiencia o la sabiduría es el saber supremo en el hombre, es un saber que consiste en tener una concepción del mundo y de la vida en él que sea aceptable para toda la humanidad; en todo caso, es la ciencia suprema, y lo que hace la ciencia suprema es deducir, a partir de una causa suprema, de un principio último —que en Grecia no, pero en la Edad Media es Dios—, todas las consecuencias que explican la realidad y todos los fines a que tiene que ordenar el hombre su conducta para comportarse bien. Esta actitud la comparten Platón y Aristóteles. Aunque Platón a veces oscila y dice muchas cosas distintas en sus Diálogos, fundamentalmente esto es básico en él. Aristóteles dice que la sabiduría es episteme kai nus; la episteme es un análogo de la ciencia, no es la ciencia moderna, es la explicación racional de las cosas, y el nus es la intuición de los primeros principios, el entendimiento, el que le dice al logos la palabra que da razón de las cosas; por lo tanto, el hombre sabio es aquel que tiene la intuición de los principios primeros y sabe deducir de ellos los fines a que debe atenerse el hombre, es aquel que tiene la ciencia suprema que orienta al hombre en sus acciones morales para hacer las cosas bien.

Todavía en la Edad Media, en el siglo XIII, en esto está conforme Santo Tomás de Aquino, el autor de la Summa Teológica, quien dice constantemente lo mismo: si la certidumbre del juicio se deriva de una causa altísima, por ejemplo de la Divinidad, ese juicio es el mejor y tiene un nombre especial que es el de sabiduría. De manera que Santo Tomás tiene todavía la misma idea de que el conocimiento por la última causa o las últimas causas es el conocimiento mejor; pero tanto Santo Tomás como Aristóteles, en los analíticos, se van a encontrar con una contradicción: a medida que la causa es más alta el conocimiento es más imperfecto. Saben ustedes que cuando se sube, por ejemplo, hacia el Himalaya, falta oxígeno y se produce anoxia; pues bien, el conocimiento, al subir, al remontarse a las alturas de las causas últimas, padece también una anoxia cognoscitiva, de manera que esos primeros principios que le dicen al hombre lo que tiene que hacer son menos claros mientras más altos, no son comunes para todos, porque el conocimiento de ellos es muy imperfecto y cada cual los interpreta a su juicio, a su manera.

Entonces, hay un acuerdo en que lo que es común es que todas las épocas y todos los hombres tienen sus principios, pero que el contenido de esos principios no es unívoco. Posteriormente, esto lo resuelve Kant de alguna manera con el método que llama trascendental, que se ocupa no tanto del contenido de lo que son los objetos, sino del modo de conocerlos; el modo de conocerlos es lógico y

los principios de la lógica son evidentes para todo el mundo en el ejercicio mismo de la razón, por lo que hay acuerdo en eso: todo el mundo respeta esos principios y todos tienen principios; pero el contenido de éstos, es decir, lo que hay que hacer si se trata de la moral, varía mucho de unos pueblos a otros y de unas épocas a otras. Esto es absolutamente evidente y plantea un problema que es el que vamos a tratar de ver.

La cultura medieval es una cultura teocéntrica que impregna prácticamente todos los momentos y direcciones de la cultura; los principios están sostenidos por la esencia de Dios, y eso lo acepta generalmente el hombre de la Edad Media: si son principios que dimanen de la autoridad divina, son ciertos. Estos principios se mantienen, entre otras cosas, porque la Iglesia se preocupa de que no prosperen las herejías, de que no prospere la mística, es decir, de que no prospere nada de lo que estorbe a esa unanimidad con respecto a los primeros principios. Como institución humana, la Iglesia tiene medios que, ayudados por la ignorancia de la gente, consiguen mantener esta unanimidad bastante fija.

Pero eso cambia con el Renacimiento, por una serie de causas en que no vamos a entrar aquí ahora. Y cambia de una manera radical en el siglo XVII con la aparición de la nueva ciencia, una ciencia que es completamente distinta de la episteme kai nus de Aristóteles y de toda la ciencia medieval y de toda la ciencia de la escolástica. Aunque son muchas las diferencias, hay alguna que creo que nos conviene tener en cuenta para seguir la pista al desarrollo de este tema hasta el momento actual. Esta nueva ciencia no da por supuesto la intuición intelectual del contenido de los primeros principios, sí de los principios lógicos, pero no de los principios ontológicos, no de lo que hay que hacer. Hay un acuerdo en cuanto a los principios lógicos que se emplean, pero la ciencia no supone que conoce los primeros principios de la materia, la ciencia sólo supone que hay unos primeros principios y su finalidad consiste en acercarse a ellos a través de un método; a través de errores y tanteos, se va acercando a esos principios, y cuando de esos principios se deducen consecuencias que no se cumplen en la realidad, entonces se modifican los principios. Es decir, hay un tanteo continuo, una rectificación, no hay un dogmatismo respecto a la naturaleza de las primeras verdades o de los primeros principios. Se admite que existen, que son necesarios para el hombre para que haya un orden en la humanidad —el orden material, el orden moral y el orden social—, pero en modo alguno se admite que la clave de ese orden la puede poseer nadie con total seguridad; eso es absolutamente falso para la ciencia moderna y en ello reside la ruptura principal, en que no hay una posesión de esos primeros principios; hay primeros principios, pero lo único que puede hacer el hombre es irse acercando a ellos con tanteos, porque cuando los principios fallan, cuando de los principios no se deducen consecuencias que se cumplen, hay que modificar los principios. La posición de la ciencia, en este sentido, es más evangélica —”por los frutos los conoceréis”— que la postura de algunos católicos.

No se dirime la verdad de los principios comparándolos unos con otros directamente, eso es ideología o eso son disputaciones metafísicas, que no acaban nunca, pues una persona inteligente siempre encuentra una razón para defender unos principios y atacar otros; no se trata de eso, se trata de comparar las consecuencias que se derivan de unas teorías o de unos principios con las que se derivan de otros. Eso es fácil de hacer en la ciencia natural, pero no es tan fácil de hacer con los principios morales; en primer lugar, porque los principios morales no se pueden calcular matemáticamente y en las ecuaciones de la ciencia moderna, que es una razón calculista,

calculadora, no pueden entrar consideraciones morales, sino consideraciones verificables cuantitativamente, etc. Entonces ocurre que esa ciencia moderna muestra una eficacia tremenda para mejorar este mundo. La ciencia medieval admiraba el orden del universo y la sabiduría divina, pero no modificaba nada o modificaba muy poco, y lo que se modificaba no era por ciencia, era por técnica —para hacer una catedral gótica, por ejemplo, hacía falta tener una técnica muy perfecta, pero no era una cosa científica—; la nueva ciencia ataca el fondo de esta cuestión y dice que no se puede pensar que los primeros principios, que aceptan que existen, se pueden tener delante servidos en bandeja y que uno tiene la clave para manejarlos. La ciencia moderna es democrática hasta el tuétano y no hay en ella ninguna consecuencia que no sea revisable; las cosas son siempre revisables, porque la verificación de las teorías científicas tiene que contrastarse con lo que ocurre en la realidad práctica, que siempre es contingente, que puede ocurrir o no ocurrir —el sol sale todos los días, pero puede no salir—. Entonces, todos los hechos con los que se contrastan las teorías científicas son contingentes y, por lo tanto, no hay ninguna conclusión científica que no sea revisable. De hecho, se van revisando y modificando todas, y acercándolas así cada vez más a lo que se supone que son esos principios, pero a los que no se llega a conocer del todo nunca.

Es en el primer tercio del siglo XVII cuando esta ciencia irrumpe triunfalmente y se propaga, los gobiernos la acogen —naturalmente, con el máximo cuidado— porque ven que es eficaz para poner por obra sus decisiones y para modificar de verdad las cosas, y es tan grande el poder de esta ciencia que, como ha probado Rauhut, en menos de un siglo, la Cristiandad es sustituida por la sociedad secular moderna en la que estamos —en la que, por supuesto, puede haber cristianos, pero la Cristiandad, como tal, desaparece—, cuyo ideal o principio fundamental no es ya la gloria en el otro mundo, sino el progreso material en éste.

Esta tendencia se va consolidando con el historicismo. La importancia de la Historia empieza a reconocerse ya en el siglo XVII, cuando surgen algunos autores que son historicistas a su modo, que defienden que cada siglo tiene su genio, entendiendo por genio como una especie de espíritu de las épocas —algo parecido a la idea de Hegel— que inclina a cada época a seguir un camino hacia una meta determinada; es lo que Spengler va a llamar después el símbolo primario de cada civilización, que es lo que da unidad e ímpetu a los ideales de una época.

El fuerte impacto que causa la ciencia hace que se la considere como el saber supremo, ni la razón filosófica ni la razón moral son ya los saberes supremos, porque es la ciencia positiva la que resuelve de verdad los problemas del hombre, y todo lo demás es poesía. Se produce lo que se llama científicismo: la convicción de que sólo la ciencia es la que resuelve los problemas del hombre y que, además, los va a resolver todos. Este convencimiento es universal hasta el siglo XX; si el siglo XIX estuvo entusiasmado con la ciencia, en el XX comienzan ya a suceder algunas cosas —que ahora comentaré brevemente— que hacen recelar de que todo en el progreso sea perfección.

La nueva ciencia hace que, a partir del Renacimiento, surjan los nuevos nacionalismos; cada nación se preocupa de sus propios problemas económicos y políticos. La nación no tiene amigos, tiene compromisos, y se abandonan en la práctica los ideales de El Vaticano, la cristianización del mundo. Nosotros sí los seguimos en América, pero los países modernos, no. Y es que España no entró en la modernidad del siglo XVII, lo cual fue un error, porque antes o después habíamos de entrar y a la postre fue más difícil subirnos al tren en marcha.

Hay una serie de ejemplos que muestran que la ciencia es prácticamente el saber por excelencia de la modernidad y, por eso, Richard Rorty, un pragmatista americano, ha podido decir —con gran éxito no sólo de público, sino también de crítica— que hablar de la razón científica es un pleonismo porque no hay más razón que la de la ciencia y, si la razón siempre es científica, decir razón científica es una redundancia. Esto es un disparate filosófico, pero es una realidad práctica, es lo que cree la gente, es con lo que hay que contar. Si la ciencia se ha hecho el mecanicismo, que es filosóficamente erróneo, ¿hay razones para decir que eso es un disparate? Yo sí lo creo, es un error que además trae malas consecuencias. Lo que se va imponiendo es el abandono de la razón moral como un saber de segundo orden, porque la única razón es la científica, y en la razón científica no cabe la moral. Así, algo que es objetivamente falso se está imponiendo mediante la reducción de la razón cabal a la ciencia y la tecnología, que son los saberes que atraen más los intereses naturales del hombre, porque la categoría de presencia es la primera de las categorías de la vida. Se impone así una ciencia en la que cuenta sobre todo el cálculo, el progreso material, el beneficio, etc., etc.

A ello se añaden otros aspectos. Uno de ellos es la evolución; entre otras cosas, se ha descubierto que la aparición del hombre en la evolución de las especies es la cumbre de una inmensa y gigantesca pirámide de cadáveres, porque está hecha con la ley del más fuerte. Eso es lo que dice la teoría de la evolución y eso es lo que de hecho ha ocurrido: la evolución hasta el hombre se produce porque han triunfado los más fuertes, los más aptos, a lo largo no sólo de la Historia, sino de la Prehistoria y de toda la evolución de la vida en la tierra; sólo que el hecho de que la ley del más fuerte se haya impuesto no quiere decir que se haya ido matando necesariamente a los más débiles, basta con que se los haya abandonado, o que se les haya dejado morir, etc. Resulta entonces que en el cerebro humano hay una herencia de agresividad que entra en funcionamiento cuando se produce alguna frustración grave; es decir, en el hombre, lo mismo que en los animales, la frustración produce agresión, y esto sigue vigente hoy en la naturaleza humana a pesar de la cultura. Pero lo que ha variado, en cambio, es la capacidad de destrucción: que un hombre se enfureciera ante una frustración cuando el arma era una cachiporra tenía poca importancia, pero que un pueblo se enfurezca o se sienta agresivo o desesperado cuando las posibilidades de destrucción son inmensas, cuando se llega al punto en que es técnicamente posible acabar con la vida del mundo entero o, al menos, con la civilización, eso es otra cuestión. Esto es una de las cosas que empiezan a suscitar en la gente el recelo ante el progreso incondicionado y, afortunadamente, hay quienes ya piensan que las consecuencias del progreso no son todas tan buenas como se había prometido, también pueden ser fatales para la humanidad.

Otra de las razones a tener en cuenta —pero todavía no resuelta— es el influjo de lo inconsciente sobre la razón. Eso no empieza con Freud, hay unos pasajes de Platón escalofriantes donde dice que cuando la razón se duerme, el hombre es capaz de los actos más criminales. Platón ya se ha dado cuenta de que debajo de la razón hay otras cosas, y Freud pone en alerta a la gente diciendo que la razón no es tan poderosa ni tan imparcial como se creía, porque está sometida al influjo de las pasiones y de los impulsos inconscientes.

Finalmente, lo que va ocurriendo, como les decía a ustedes, es que las consecuencias negativas del progreso se van viendo cada vez más y las va teniendo presentes cada vez más gente. Son consecuencias que atraviesan las fronteras, que no son propias de grupo; una nube nuclear, por ejemplo, se la lleva el viento a todos los países, no hay clase social ni país que pueda librarse de ella;

tampoco de los agujeros de ozono y de mil cosas más que afectan a la humanidad en su conjunto y que empiezan a crear desconfianza ante el progreso sin más.

Y se va viendo por qué ese tipo de hombre que mantiene sus convicciones por encima de todo se ha ido construyendo en un clima en el que lo que importa es la eficacia. El deseo de eficacia atropella a todo lo demás y el ímpetu o la fuerza que tenían los principios morales ha ido poco a poco desvaneciéndose. La situación es muy grave, pues la misma velocidad de cambio de la tecnología y de la sociedad va contra el mantenimiento de esos principios; ¿por qué?, porque la gente generaliza mal, pero generaliza, y dice: “Bueno, si lo que ayer valía y era perfecto, hoy ya no vale, y mañana tampoco va a valer lo de hoy, sino otra cosa, ¿por qué voy a creer en ninguna norma perenne?, ¿por qué en los mandamientos de la ley de Dios, si también la Iglesia cambia, si cambia todo?” Y lo que se produce entonces algo que se llama anomia, que es la pérdida del respeto por el orden moral debido a las conveniencias más directamente personales, y eso, naturalmente, tiene al final unas consecuencias enormemente graves.

Y en ello estamos. ¿Qué es lo que ha pasado? Pues que la razón no solamente es cálculo, tiene un eros, tiene también unos intereses, tiene un amor a las cosas, tiene esperanza; pero cuando se cultiva sólo la razón científica, toda la esperanza y todo el eros de la razón desaparece porque no tiene cabida en el método de la ciencia, la razón moral cada vez cuenta menos; en los casos importantes lo que cuenta son las armas, ya lo decían los romanos: “La razón calla cuando hablan las armas”, y cuando hablan las armas y los intereses cuentan sobre todas las demás cosas, los razonamientos morales quedan postergados o mistificados, se hace lo que hay que hacer por la violencia o como sea y todo lo demás se apaña para que parezca.

Con estas reflexiones he querido decir que se ha dejado fuera de la razón humana ese ingrediente moral que la alimenta y le da una perspectiva espiritual: la compasión y la esperanza. Yo creo firmemente que hay que hacer lo que se pueda para que el hombre recobre la esperanza, porque la razón sin esperanza no es razón. Hay que tratar de recuperar esa esperanza que ha sido separada de la razón. Dante escribió una frase en la entrada del infierno que decía: “Abandonad toda esperanza los que entráis”, y yo siempre he pensado que la esperanza no se pierde por entrar en el infierno, sino que se entra en el infierno por haber perdido la esperanza.

Y con este final termino de hablar de los principios. Ya me doy cuenta de que esta conferencia, como el queso de gruyere, tiene más agujeros que queso. Pero es lo que, mirándoles a los ojos, he sabido hacer: decirles lo que pienso que les pasa a los principios en el final de esta época.